

**Venezuela ingobernada.
De compulsiones, espejismos, escalofríos y horizontes.**

María Teresa Urreiztieta V.
Psicóloga social
mtu@email.com

De compulsiones y espejismos. La mayoría de los venezolanos intuimos que algo se está desgarrando en la vida del país. Muchos no sabemos a ciencia cierta cómo explicarlo, cada quien tiene sus teorías, sus blancos para el tiro. En lo que sí coincidimos es que sabemos que este agudo malestar que estamos viviendo, este sufrimiento colectivo que estamos compartiendo con un hondo y complejo sentimiento de desencanto e indignación, se está expresando atronadoramente en las calles como señal de alarma, debido, precisamente, a ese desgarramiento intuitivo.

Estamos siendo testigos obligados de cómo se desmantela la institucionalidad del país con la anuencia de muchos; de la decadencia de valores morales antaño referencias de una prometedora cultura cívica, hoy denostada y pisoteada por la corrupción generalizada, la anomia extrema, la anarquía, la violencia deshumanizante. Más allá del conflicto político, de las diferencias ideológicas, de la pugna por reconquistar el poder o mantenerlo hasta el infinito; más allá de los dos modelos de sociedad más borrosos e inciertos que nos hayan pretendido vender jamás; más allá de lo “bueno”, de lo “malo” de las obras del gobierno actual, estamos constatando cómo el país se va quedando atorado en las orillas pantanosas de la historia, gracias al espejismo de una revolución con características cada vez más reaccionarias, entre ellas, la hipermilitarización de la sociedad, el personalismo mesiánico, hiperpaternalismo y neodependencia, culto a la personalidad, intentos de ideologización hegemónica, hipertrofia estatista...sostenida en parte por una oposición que, en muchas de sus acciones, pareciera más bien estarle siguiendo el juego para mantenerse con vida.

El mito fundador, la compulsión heredada de la necesidad de arrasar y comenzar de *ceró* cada vez que un caudillo venezolano llega al poder, porque “ahora sí”, hoy está más presente que nunca en nuestro imaginario. Aunque racionalmente se rechace eso de “borrón y cuenta nueva”, la praxis gubernamental sigue enarbolando la bandera de la destrucción para la construcción del sueño revolucionario. Insiste obsesiva y a veces desquiciadamente en el arrasamiento de la tierra para sembrar lo que ahora sí prenderá. Hemos escuchado varias veces que no solamente se quieren borrar los años de la democracia representativa, los más atormentados por la cuestión emancipadora aspiran a invisibilizar 200 años de historia política, sus luchas, sus desencuentros, traiciones y avances institucionales para refundar la patria que el pobre Bolívar no pudo lograr. Y a esto lo llaman la transición hacia el socialismo.

De escalofríos y otros sobresaltos. Lo que más da escalofrío a los venezolanos despiertos es constatar la trampa en la que estamos metidos. Por un lado, a este gobierno ya no se le están creyendo sus promesas

anestésicos de futuro y salvación cuando del presente se ha apoderado una especie de barbarie cotidiana que no da tregua a los venezolanos, que asfixia el existir, haciendo de ese tan prometido “buen vivir” de la mentada patria bonita, el espectro más ilustre del horizonte que se nos ofrece.

El otro gran escalofrío lo está proporcionando la mesa de partidos y movimientos de oposición articulado – sí, “articulado”, no unido- alrededor de un objetivo político: la reconquista del poder, mediante la propuesta de una alternativa que se plante frente a la automática candidatura del caudillo de la revolución bolivariana. Desde este polo se nos ofrecen también promesas de salvación y redención para recuperar la patria, la democracia “qué perdimos” (pensar que esa “democracia” fue la que nos condujo a esta deriva autoritaria). La diversidad –y dispersión- que hay en esta mesa se ha comenzado a alinear en tres prodigiosas formaciones (según EL NACIONAL, 20-4-2011): LA corriente o alianza de la Concertación Humanista integrada por Copei, Proyecto Venezuela, Convergencia y un grupo de independientes cuyos posibles aspirantes a la Presidencia de la República serían los gobernadores César Pérez Vivas y Henrique Salas Feo; los dirigentes Oswaldo Álvarez Paz y Eduardo Fernández. Aquí tenemos pues al rancio, divorciado y desubicado COPEI de siempre apareciéndose en escena como si nada hubiese pasado en estos años.

La alianza de la socialdemocracia venezolana, en la que destacan como aspirantes Manuel Rosales (UNT), Pablo Pérez (UNT), Henry Ramos Allup (AD) y Antonio Ledezma (ABP). Esta alianza no es otra cosa que la incombustible Acción Democrática que con sus propuestas candidaturales nos hacen saber fehacientemente lo poco que les importa el rechazo generalizado a sus estilos y propuestas, lo poco que han aprendido de los clamores populares al insistir proponerse con la mayoría de sus cartuchos ya chamuscados.

La tercera formación en alianza se denominaría Frente Progresista por el Cambio (deberían aclarar de entrada que entienden ahora por progresista y a cuál cambio se refieren). Esta estaría integrada por partidos de izquierda como PPT, La Causa R, Podemos, MAS, el Movimiento Ecológico y Vanguardia Popular, entre otros, quienes coquetean sorprendentemente con Primero Justicia. Sus posibles precandidatos serían Henrique Capriles Radonsky y Henry Falcón. Esta melcocha pragmática -¿cómo queda lo ideológico?- tampoco apacigua la incertidumbre, pero algunos dicen que al menos representan a las generaciones políticas de relevo a las que hay que abrir paso, “porque tienen derecho”, aunque eso no garantice nada en absoluto.

La sensación que comunican es de *todos contra todos*. Y no me refiero a la lucha de estas alianzas entre sí solamente, sino a éstas contra los revolucionarios (quienes a su vez, internamente en el partido PSUV, tienen desatada una guerra de guerrillas entre las diversas versiones de chavismo y sobre todo en contra del chavismo capitalista burgués). Lo más sorprendente de estas alianzas opositoras es que sus discursos siguen vacíos de contenidos para las mayorías populares. Ciegos, sordos, la desconexión con los mundos de vida de la Venezuela pobre, que resiste y sigue esperando a pesar del

desencanto y la frustración, es realmente sorprendente. Mientras el pueblo siga pasando por debajo de la mesa, mientras les presenten los candidatos de siempre, con el anacronismo mordaz y oportunista de siempre, presentándose como una novedad, la oposición que domina el escenario en pugna sucumbirá irremediablemente.

¿Qué podemos hacer los venezolanos, ese pueblo que somos todos, ante este panorama? ¿Nos tenemos que cuadrar con alguno de los polos que se enfrentan a pesar de la desconfianza que provocan en la inmensa mayoría de este país? ¿Cómo construir espacios para la democracia plena en medio de este contexto polarizado?

Horizontes en tensión y desafío democrático. Mientras se despeja esta trama de *todos contra todos*, muchos venezolanos estamos tratando de anticiparnos a los posibles horizontes que las alternativas electorales nos ofrecerán. Unos dicen que la gran decisión es entre socialismo y democracia. Otros que es entre dictadura y democracia. Otros dicen que es entre capitalismo y socialismo. Otros entre más populismo, estatismo y dependencia por un lado, y más mercado, menos Estado y más libertades de todo tipo (?) por el otro. Otra melcocha polarizada, esta vez ideológica, que se manipula para ganar venezolanos incautos, dormidos, la cual, tiende a simplificar y reducirlo todo a opciones absolutas contrapuestas que a la final lo que intentan es ocultar los procesos complejos, entretnejidos de las sociedades globales de hoy, como la venezolana.

En estos momentos y ante estas circunstancias nos toca, de manera perentoria, problematizar –debatir críticamente- hasta cuándo estamos dispuestos los venezolanos a seguir encadenándonos a esta trampa dialéctica de la polarización en la que está demostrado que un polo no puede vivir sin el otro, que ambos se necesitan para subsistir en medio de la bruma democrática que va quedando. En la praxis, se hacen el juego para permanecer en la “política” que nos ha sometido en estos últimos años. Por ello tenemos que superar la polarización, desmantelarla, para desahogar la democracia.

Por otro lado, el desafío democrático de esta hora para los venezolanos es la movilización de todas las formas organizativas posibles para exigir insistentemente, a los candidatos que se presenten, las garantías fiables y contundentes de presencia, respeto y cumplimiento de los principios constitucionales, de los valores democráticos, en los proyectos de país con los que nos tratarán de seducir. Mientras esto ocurre, la sociedad en pleno debería debatir tenazmente, dónde y con quiénes podrían aprovecharse al máximo las fuerzas sociales que, luego de ser “animadas” para que se convirtieran en protagonistas de su historia, resultaron coaccionadas, saboteadas, sujetadas por el poder dominante en lo que asomaron su poder social y capacidad de autonomía; dónde y con quiénes podrían expresarse mejor, desatarse, accionarse. Con cuál proyecto de país pudiéramos los venezolanos crear un estruendo democrático de exigencias, prácticas libres, críticas y plurales para contribuir con la construcción de un camino abierto a la participación y lucha de todos, con un profundo respeto y reconocimiento de las diferencias, teniendo claro que el horizonte es común: hacer de nuestro país un país desbordante de

opciones ideológicas y políticas, culturales, religiosas; con muchos partidos, movimientos sociales y políticos con propuestas diversas que redunden en una alta calidad de vida, abiertas a todos para poder elegir libremente entre ellas, sin amenazas ni coacciones, sin pases de factura. Una Venezuela libre de las ataduras que se le quieren imponer como destino.

Caracas, 27 de abril 2011